

ESTUDIO DESCRIPTIVO E HISTÓRICO DE UNA FORTALEZA ABALUARTADA: EL REAL FUERTE DE LA CONCEPCIÓN

Emilio BECERRA DE BECERRA
Comandante de Oficinas Militares

La aparición de la pólvora

LA utilización de la pólvora en la guerra fue en todos los aspectos una revolución en las ciencias y técnicas bélicas. El aumento y la diversificación de su empleo en los campos de batalla dio lugar a un cambio en los más diversos terrenos de la lucha entre ejércitos enfrentados y fue de especial importancia en el ámbito de la poliorcética, pues el mayor poder de sus impactos y el mayor alcance de sus proyectiles convirtió en ineficaces los sistemas de fortificación que habían predominado durante toda la larga Edad Media. El efecto que produciría en este campo de las actividades humanas iba a ser uno más de los elementos que entrarían a configurar –junto con el Renacimiento y el Humanismo– la nueva Edad Moderna, pues los superiores gastos que requeriría el sostenimiento de un ejército dotado de las nuevas armas y la construcción de las obras defensivas sólo podrían ser afrontados por poderosas comunidades, dotadas de amplios recursos económicos; lo que es lo mismo que decir por las modernas y poderosas naciones que se formaron en este período y que acabaron con todo el fragmentado ordenamiento medieval.

España fue el primer país europeo donde se hizo uso marcial de la pólvora y los más tempranos datos de su empleo datan del siglo XIII, pues se considera que los musulmanes andalusíes aprovecharon sus efectos ya en 1261 en el sitio de Niebla, asediada por Alfonso X de Castilla. Su desarrollo y extensión fue lento, pero ya a finales del siglo XV, en la Guerra de Granada, el ejército de los Reyes Católicos contaba con un verdadero tren

de artillería, aunque casi siempre sus sirvientes y sus arrastres fueran elementos y medios de circunstancia contratados para un período corto o un servicio determinado.

Como queda dicho, la eficacia de las defensas de plazas y puntos esenciales que se habían erigido y mantenido en los siglos anteriores quedó anulada ante el efecto de las bocas de fuego y de las minas; el castillo –y con él las murallas de las ciudades– eran incapaces de resistir el efecto de los nuevos medios de destrucción. Hubo, por tanto, que afrontar las necesidades defensivas de las ciudades y –ya– de las naciones, con nuevas ideas y con fórmulas mejoradas: hallar el modo de resolver este problema iba a ser el papel que debía desarrollar la poliorcética.

Vuelta a la Antigüedad clásica

La ciencia de la fortificación no tuvo necesidad de inventar nada, bastó con acudir a los principios que habían sistematizado los tratadistas en esta materia en la Antigüedad clásica: Filon de Bizancio, Vegetio, Vitrubio, César, Polybio, Procopio, etc., y proceder a su desarrollo y perfeccionamiento para hacer frente a las nuevas exigencias. Los ingenieros griegos y romanos que florecieron durante los cuatrocientos años que van desde el siglo II a. C. hasta el II d. C., observaron y estudiaron los poderosos sistemas defensivos que encontraron en las fortalezas de los que habían sido grandes imperios en Oriente: Ur, Nínive, Babilonia, Karnak, Tebas, Menfis, etc.; los analizaron y sometieron a reglas matemáticas –y también artísticas–, y los segundos las aplicaron en todos aquellos territorios en los que hubieran de hacer frente a grandes masas de guerreros preparados para las grandes contiendas, lo que ocurrió en las regiones de Levante, pero no tuvieron necesidad en Occidente de ello por la debilidad, tribalización y atraso de los pueblos con los que tuvieron que enfrentarse en esta zona.

En la Europa occidental hubo por esta causa escasos modelos de poderosas fortificaciones cuando cayó el Imperio Romano. El retroceso –o, al menos, la frenada– cultural que supuso este hecho, y la ocupación de sus territorios occidentales por los pueblos germánicos, que quedaron fragmentados en múltiples territorios de escasa entidad y que en sus numerosas y variopintas guerras feudales sólo podían enfrentar pequeños grupos armados, hizo que no hubiera ni medios ni necesidad de levantar potentes fortalezas, pues bastaba con construir una torre fuerte a la que en un principio se la rodeó con una empalizada y más tarde con un muro, al que luego se agregaron cubos o torres incluidas o adosadas y, por fin, torres exentas y

corachas avanzadas; siempre buscando su poder más en la altura de sus muros que en la profundidad de su campo defensivo. Fue a través de la cultura musulmana asentada en España por la que, como en otras muchas disciplinas, llegó a Europa el regalo de estas enseñanzas clásicas; por ello fue en la Península Ibérica donde se levantaron primero importantes y potentes fortalezas (castillo de Gormaz, Zorita de los Canes, alcazabas de Almería y Málaga, Monzón) en las que ya se observan elementos clásicos. Sólo cuando desde aquí penetraron estos conocimientos hacia el Norte y los cruzados se pusieron en contacto con ellas en las tierras levantinas y en Tierra Santa se levantaron en el Occidente continental grandes fortificaciones (allí, en el Oriente conquistado, a imitación de los islámicos que encontraron, los cristianos construyeron poderosos castillos, con el Krak de los Caballeros, Bellvoir, Beaufort o Nimrod, o fortificaron ciudades como Jerusalén o San Juan de Acre).

Pero también estas fortalezas medievales, en las que todavía no se habían desarrollado plenamente las reglas de la poliorcética, resultaron ineficaces cuando la pólvora comenzó a reinar en las confrontaciones bélicas; las mismas características con que se las dotó: altura de sus elementos, concentración de los mismos en espacios restringidos, fosos estrechos y muy profundos, serían causa de la caída de su validez, ya que la fácil aproximación de las armas de fuego y el poder de sus impactos las harían demasiado débiles.

El baluarte. La fortificación abaluartada

Al recurrir a las enseñanzas de los viejos tratadistas se adoptaron, como es natural, sus principales normas: las obras poligonales, el desenfilado de las puertas, la profundidad del conjunto de sus elementos, los amplios fosos y los extensos campos polémicos a vanguardia. Todo ello, como es natural, no se hizo de golpe, de una vez, sino que fue un largo proceso de adaptación, de mejoras continuas, iniciadas por ingenieros españoles, como veremos, que se prolongaron desde finales del siglo XV hasta mediados del XVIII, en cuyo momento podemos considerar que este sistema de defensa había alcanzado su mayor evolución y su mejor adecuación a los fines que debía atender. El baluarte, por ser su principal componente, daría el nombre a este sistema, aunque de forma interesada y espúrea se le haya dado otras denominaciones. Sin embargo, hay que considerar que el desarrollo del método daría lugar a muy diversas escuelas.

El baluarte es, repetimos, el elemento principal y más característico de este tipo de fortificación; es en realidad una torre de planta pentagonal que

ha perdido altura para ganar profundidad; adosado por uno de sus lados, que podemos considerar base del polígono, a las cortinas de la fortaleza, proyecta violentamente los dos lados opuestos a la base hacia el exterior, formando un ángulo muy agudo, y se une por los otros dos a la muralla en ángulos también agudos. Sus dimensiones y la amplitud del ángulo externo se calculaban matemáticamente con sumo cuidado de acuerdo con las características de las armas del momento, de la trayectoria de sus disparos y de sus alcances; sus planos exteriores no son nunca verticales sino que reciben una estudiada inclinación formando talud; sobre su plataforma superior se colocaban los cañones o bocas de fuego, bien en cañoneras defendidas por merlones, bien *a barbata*. Pero nunca estaba, como tampoco el resto de los elementos, sobre la rasante del terreno, sino que se levantaba dentro de una cubeta o excavación que lo ocultaba a las vistas exteriores.

Los baluartes, en número de cuatro, cinco o seis (sólo se supera este número cuando había que rodear a una vieja plaza previamente fortificada) estaban unidos por las cortinas, sin solución de continuidad, en cuyo interior quedaba un amplio patio de armas o una pequeña población si era más extenso. Delante de las cortinas, cuyas paredes también eran inclinadas, se colocaban defensas adicionales: medias lunas, revellines, hornabeques, etc.; el conjunto estaba rodeado de un ancho foso, y en su totalidad hundido, o mejor enterrado, en el terreno que ocupaba; el foso se elevaba hacia su exterior para constituir un camino cubierto, denominándose contraescarpa el muro que lo cerraba por ese lado, en el cual se abrían, en ocasiones, puertas que comunicaban con almacenes, pozos de escucha, etc., situados bajo el glacis. Era éste una explanación parcelada y con una inclinación adecuada para constituir un campo polémico rasante a los fuegos de los defensores y dispuesto para no permitir los impactos directos de la artillería enemiga sobre las obras de la fortaleza.

Este sistema de defensa, que abarca un amplio y dilatado espacio en la historia de la poliorcética, debe ser designado con el nombre de *Fortificación Permanente Abaluartada*, denominación derivada de su elemento principal y más conspicuo, y que, como vemos, encierra en la expresión su carácter de persistencia y su más característico módulo. Cualquier otro con el que se le designe, ni resulta adecuado ni es otra cosa que una injustificada patriotería y una reducción de su extensión y perdurabilidad. Destaca entre estas inapropiadas expresiones la de *fortificación sistema Vauban*, a todas luces fuera de lugar. Es indudable que Sebastián Le Preste, señor de Vauban —a quien J.M. Zapatero considera como *el genio de la fortificación de todos los tiempos*—, fue un magnífico ingeniero militar francés

que introdujo importantes mejoras en este sistema defensivo, así como en los métodos adecuados para su expurgación, y que proporcionó a su rey, Luis XIV, una serie de fortificaciones, sin rival en su época, que contribuyeron en gran manera a convertir a Francia en la mayor potencia militar de su tiempo. Además dotó a su país de excelentes caminos, puentes y tuberías para conducción del agua. Pero Vauban nació en 1633 y comenzó sus actividades hacia 1655, cuando el sistema abaluartado llevaba más de ciento cincuenta años desarrollándose; no fue, por tanto, su inventor y ni siquiera su introductor en Francia, en donde otro ingeniero anterior, Errard de Bar-le-Duc, está considerado como el padre de este tipo de fortificaciones en el país galo.

Ingenieros españoles de este período

No existen dudas de que fueron los españoles los que iniciaron este sistema defensivo; tres motivos importantes dieron lugar a que fuese en nuestra Patria donde comenzó la transición de la fortificación propia de la Edad Media a las nuevas formas a que obligó la introducción de la pólvora en la guerra de sitios:

- a) El haber sido el territorio europeo donde se inició el empleo de las armas de fuego.
- b) El contacto con el mundo musulmán, que no sólo fue el introductor en Europa de la pólvora, sino también el que sirvió de vehículo para que el Occidente recuperara los conocimientos greco-latinos.
- c) El papel preponderante que la recién creada nación española, con la unión de Castilla y Aragón, iba a asumir en la política y en la vida de la época.

Sólo a finales del siglo XV iban a tener reflejo en las fortificaciones las soluciones a que había obligado el aumento del poder ofensivo de los ejércitos. Fueron los ingenieros, al servicio de los Reyes Católicos, los primeros en aplicar las nuevas normas a las edificaciones defensivas que hubieron de reformar o levantar de nueva planta, aunque Guitart Aparicio asegura que este tipo de defensas fue iniciado por los ingenieros renacentistas italianos.

Entre los nombres españoles que aparecen en las primeras manifestaciones del nuevo método citaremos a Pedro Navarro, conde de Oliveto, que reformó el Castel Nuovo de Nápoles (más tarde fue el creador de los inge-



Vista aérea del Real Fuerte de la Concepción.

nieros militares franceses); a Ramiro o Ramírez, que levantó las fortificaciones de Salces, en el Rosellón, donde la fortaleza se levanta dentro de un cubeto que actúa como amplio foso; a Del Pozo; a Pedro de Angulo, que fortificó Navarrés; a Luis Pizaño o Pisano, que realizó las fortalezas de Rosas, en donde se levantó por vez primera una ciudadela; a Escrivá, etc.

Desde mediados del siglo XVI brillaron una serie de ingenieros italianos al servicio de la Monarquía española, entre los que aparecen Juan Bautista Calvi, que en 1554 construyó el castillo de San Felipe, en Menorca, y las fortificaciones de Ibiza en 1556; Vespasiano Gonzaga, que inició la construcción del castillo de Santa Bárbara, en Alicante, realizado entre 1562 y 1596, y en donde se sucedieron Antonelli y *el Fratín*; Juan Bautista Antonelli, que reformó, además, las defensas de Peñíscola; Jacobo Palareo, *el Fratín*, que comenzó en 1571 las obras de la ciudadela de Pamplona y que fue origen de una larga familia de ingenieros militares españoles que se distinguieron también en Ultramar; Tiburcio Spanocchi, que edificó la ciudadela de Jaca y completó las fortificaciones de San Sebastián desaparecidas con la desacertada demolición realizada en el siglo XIX, y Leonardo Torriani, que dio principio en 1587 a las fortificaciones de las islas Canarias por orden de Felipe II.

La afluencia de técnicos procedentes de Italia no fue óbice para que los de nuestra península continuaran en primera fila de esta actividad – Francisco Medina fortificó en 1551 a Melilla– y que se debiera a ellos la publicación de las principales obras sobre poliorcética escritas en estos años y en la centuria siguiente. Así, encontramos que en 1586 Luis Collado compuso su *Platica manual de Artillería* en la que se trataba de la fortificación, y Cristóbal de Rojas, profesor de Fortificación de la Academia de Matemáticas y Arquitectura Civil y Militar de Madrid, publicó en 1598 el *Tratado de Theorica y Practica de Fortificación*. Continuó en el siglo XVII la edición de libros sobre esta ciencia y tenemos que en 1602 apareció el *Nuevo modo de fortificar* de Mateo Morán; en 1603 Cristóbal Lechuga editó *De la Artillería y de todo lo necesario a ella; con un tratado de fortificación*, y el ya citado Rojas, en 1613, su *Compendio y Breve Resolución de la Fortificación*; Vicente Munt fue autor, en 1664, de *Arquitectura Militar*, y en 1669 se editó el *Epítome de las Fortificaciones Modernas* del marqués de Buscayolo.

No se pueden cerrar estas referencias a los ingenieros militares hispanos sin citar la gran figura del general de batalla Sebastián Fernández de Medrano, fundador y director de la *Academia Real y Militar del Exército de los Países Bajos*, instalada a finales del siglo XVII en Bruselas. Fue ésta la primera academia militar española y según palabras del propio Medrano

fue constituida *para que se criassen personas que de sus dominios pudiesen profesar en ellos la Architectura Militar, como Ingenieros, los que hasta entonces eran extranjeros y en quienes se aventuraba la confianza*. No se trataba de formar a individuos nacidos en lo que hoy conocemos por España, sino a cualquiera que perteneciera a algunos de los territorios que entonces componían la Monarquía española, lo que enlazaba con el concepto de lealtad personal heredado de la Edad Media y, aún entonces, en pleno vigor. Esto tiene una gran importancia cuando luego se ha tildado de extranjeros a muchos personajes que sirvieron a los Reyes españoles y contribuyeron a la grandeza de nuestra nación.

La Academia de Bruselas fue el origen e inspiración de toda nuestra arquitectura militar en el siglo XVIII, pues los mejores ingenieros de Felipe V, incluido el marqués de Verboom, se habían formado en ella y seguían las doctrinas de Fernández de Medrano, autor de tratados como *La arquitectura militar y moderna*, editada en Valencia en 1683 y en Bruselas en 1696, y el *Arquitecto perfecto en el Arte Militar*, que lo fue en 1700 también en Bruselas.

Muchos de los ingenieros militares españoles pasaron a los reinos de Ultramar y, junto con otros que se formaron allí, fortificaron el golfo de México, la Florida, Cuba, Puerto Rico, Cartagena de Indias, Portobello, el Perú, el Río de la Plata, etc., y entre todos crearon, a una y otra orilla del Atlántico, la *Escuela de Fortificación Abaluartada Hispanoamericana*, anterior en su origen y desarrollo al tan cacareado sistema francés de Vauban y de la que tan extensamente se ha ocupado el destacado tratadista Juan Manuel Zapatero.

El Cuerpo de Ingenieros

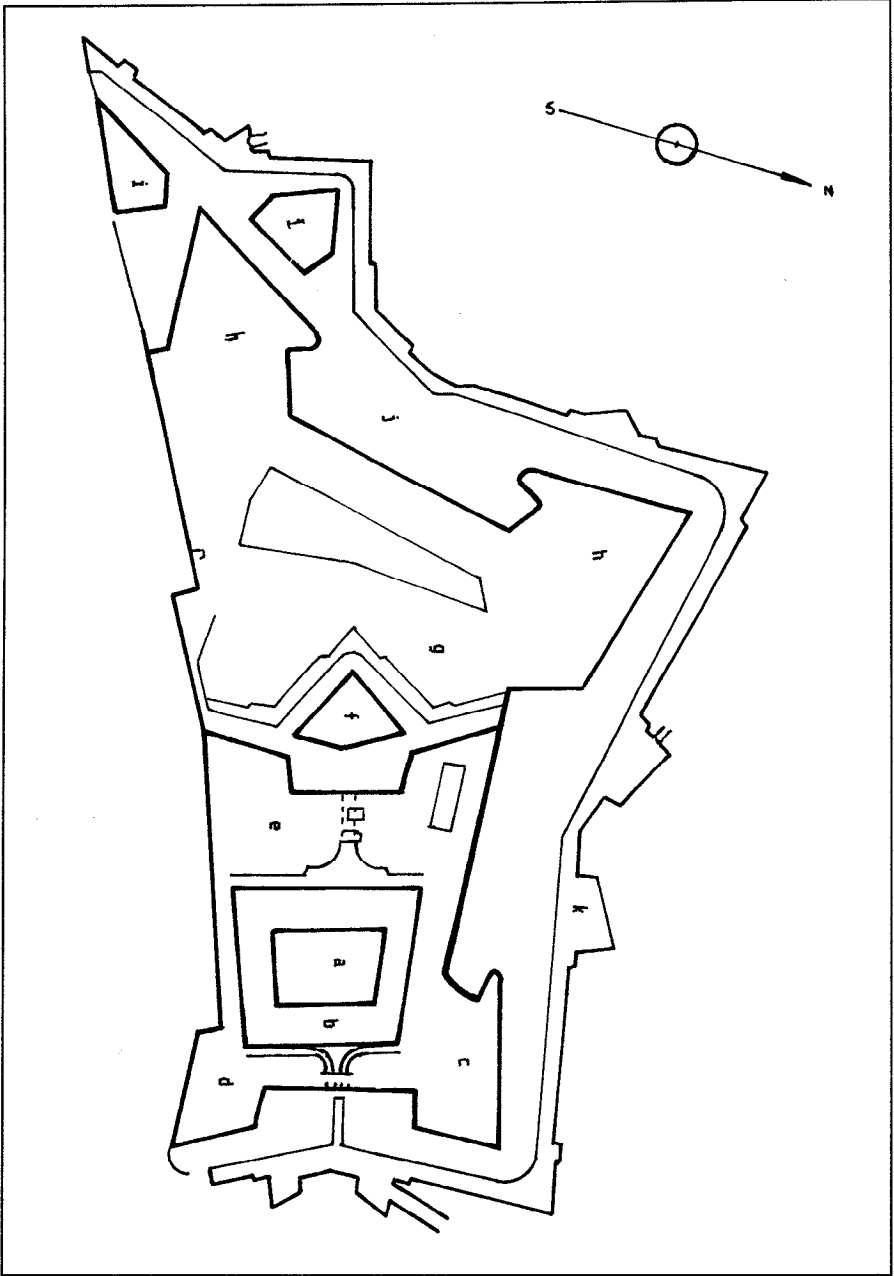
Tras el año 1700 no sólo va a iniciarse un nuevo siglo sino que un nuevo rey y una nueva dinastía iban a gobernar en España, por lo que en ella cambiaría bastante la forma de enfocar y resolver muchos de nuestros problemas. Para nuestro trabajo lo más importante fue el gran cambio que experimentó nuestro ejército, que abandonó sus pautas tradicionales para copiar el entonces predominante modelo francés. Y si no en todas las cuestiones se acertó, hemos de reconocer que en la ingeniería se dio un gran paso en su sistematización y en su profesionalidad. Para empezar, José Patiño, ministro universal de Felipe V, nombró a Jorge Próspero de Verboom, ingeniero militar español nacido en Flandes y formado en la Academia de Fernández de Medrano, autor en 1712 de la obra *Project pour*

une Académie ou Ecole, ou se doit demontrer les Mathematiques, Fortification et Dessen..., para los cargos de *Yngeniero General de los Exércitos, Plazas y Fortificaciones y Cuartel Maestre General*. Verboom creó en 1711 el Cuerpo de Ingenieros Militares español, separando a estos científicos de los facultativos de Artillería y, cumpliendo una orden del ministro de 3 de abril de 1736, convirtió a la Escuela de Matemáticas y Artillería de Barcelona¹, que había sido fundada en 1664 por Francisco Larrando de Mauleón, en *Real Academia Militar de Matemáticas*, cuyo reglamento se aprobó en 1737 por el ministro de la Guerra, duque de Montemar. Como director o *primer maestro* fue nombrado Mateo Calabro, que lo era desde 1720 de la anterior escuela. Calabro había escrito un *Tratado de la Fortificación*, cuyo manuscrito fechado el 1 de marzo de 1733 se conserva en la Biblioteca Universitaria de Salamanca, signado con el número 468. Su permanencia en la academia fue corta, pues el 14 de marzo de 1738 fue substituido por Pedro de Lucuze y trasladado a Valencia, acaso por diferencias con Montemar cuyo reglamento no había sido del agrado del ingeniero.

A Pedro de Lucuze, que durante todo el resto del siglo XVIII fue el gran maestro de los ingenieros militares españoles, se deben dos obras sobre esta disciplina: *Principios de Fortificaciones*, editado en Barcelona en 1772, y *Disertación sobre las medidas militares*, publicado también en Barcelona en 1773.

Estos dos hechos: la creación del Cuerpo facultativo y la de la Academia de Barcelona, iban a propiciar un desarrollo verdaderamente importante en la arquitectura militar con el establecimiento de muchas y poderosas fortificaciones en varias provincias españolas y el florecimiento de un elevado número de grandes construcciones de obras militares. El mismo Verboom proyectó y dirigió la erección de las ciudadelas de Barcelona y Hostalrich, así como el gran recinto fortificado de Badajoz; Luis de Viller Langot, uno de los primeros colaboradores de Verboom, dirigió la fortificación de Fuenterrabía, donde le ayudó Pedro Moreau; éste intervino después en las reformas efectuadas en las fortalezas de varias plazas y, lo más importante, fue autor y director de la fábrica del *Real Fuerte de la Concepción*; Antonio Jordán, levantó el fuerte de San Felipe en Puerto Cabello (en la actual Venezuela) en colaboración con Juan Amador Courten; Diego de Bordick, cuya mano se prodigó en toda la Península; los hermanos Juan y Pedro Martín Cermeño, el primero de los cuales trabajó

¹ Era similar a las que funcionaban en aquella época en Pamplona, Badajoz y Cádiz, lo que hace suponer que habían sido establecidas en aquellos puntos de la Península en las que las aplicaciones de la poliorcética eran más necesarias.



El castillo de Montjuich, en Barcelona.

en 1751 en la reforma del castillo de Montjuich en Barcelona, construyó el de San Fernando en Figueras en 1752 y remodeló el sistema defensivo de Ciudad Rodrigo, y el segundo dirigió desde 1766 todo el conjunto de fortificaciones de la base naval de Cartagena; Antonio de Gaver que, con Antonio y Fernando Montagut, y con Moreau, fortificó la plaza de Orán; José de Hermosilla, el destacado arquitecto de la *Ilustración*, discípulo de Mateo Calabro, que fue profesor de la Academia de San Fernando, cuyo puesto dejó para incorporarse como ingeniero al ejército que bajo el mando del conde de Maceda llevó a cabo en 1662 la campaña contra Portugal en nuestra península, en cuya época efectuó reformas en el Real Fuerte de La Concepción, y levantó planos topográficos en 1793 de la comarca de Simancoa, bajo la dirección del ingeniero Antonio de Gaver, y en 1797 de la ribera del Coa con la ayuda de su compañero Esteban Peñafiel. Sin olvidar la gran labor de estudio y docencia que realizaron muchos de ellos, labor en la que destacó Ignacio de Salas que tradujo en 1743 el *Tratado sobre el ataque y defensa de las fortalezas*, del francés Vauban.

Muchos de ellos realizaron trabajos de estudio o dirección en nuestro *Real Fuerte de La Concepción*, pues dadas las especiales características del terreno, de su sistema defensivo y de las vicisitudes por las que pasó su construcción, se convirtió en la mesa de investigación y en el banco de pruebas donde todos los ingenieros militares del siglo XVIII ensayaron sus conocimientos, probaron sus estudios y experimentaron sus concepciones constructivas y poliorcéticas.

Algunas fortificaciones abaluartadas españolas

Los años finales del siglo XV y todo el XVI constituyeron un período de transición durante el cual se desarrollaron y comprobaron elementos proyectados según las más claras y precisas enseñanzas de los antiguos tratadistas, que a medida que se iban ensayando, y se les agregaban nuevos componentes, se manifestaron cada vez más adecuados y ajustados para cubrir, con la aplicación de sus reglas de oro, las necesidades que las características de las armas y las tácticas demandaban en el momento, dotando a los campos defensivos de la capacidad de resistencia y de la profundidad suficiente para hacer frente al poder ofensivo de los posibles adversarios.

En el territorio de la Monarquía española los puntos polémicos que exigían el asentamiento de grandes fortalezas lo constituían las fronteras en Europa con Francia, el litoral peninsular y los puntos estratégicos más vulnerables en los reinos y provincias de Ultramar y en la costa norteafricana.

La construcción, cada vez más evolucionada, de estas fortificaciones daría lugar en el siglo XVIII a la consolidación de la *Escuela de Fortificación Abaluartada Hispanoamericana* que, como hemos visto, había tenido su origen doscientos años antes, y que, por tanto, fue anterior a cualquier otra de las que se generaron en el ámbito europeo.

Al hablar de los siglos XVI y XVII he citado a algunas de las fortificaciones realizadas en España en aquellas centurias. De entre ellas, entresaco algunas muestras que nos ayudarán a comprender la importancia de *La Concepción*. En primer lugar tenemos la ciudadela de Pamplona cuya edificación inició en 1561 *El Fratín* y que consiste en una gran plaza levantada según el modelo italiano de planta pentagonal, con baluartes en los ángulos, foso, revellines y contraescarpa.

La ciudadela de Jaca, bien conservada, es parecida a la anterior y también de planta pentagonal. Comenzó su edificación en 1592 Tiburcio Spanocchi; es de grandes dimensiones, posee baluartes en los vértices, aunque poco salientes y dotados de orejones; posee un amplio foso con camino cubierto y extensos glacis, hoy modificados, que contribuían a su ocultación. Carecía de revellines u otra obra similar.

La rebelión de Portugal contra Felipe IV dio lugar a que se pusieran en estado de defensa diversas plazas, como Badajoz, Alburquerque, Ciudad Rodrigo, Salvatierra de Miño y Tuy, y que se levantara un primer fuerte abaluartado en Aldea del Obispo (Salamanca), como luego veremos extensamente, que fue pronto abandonado.

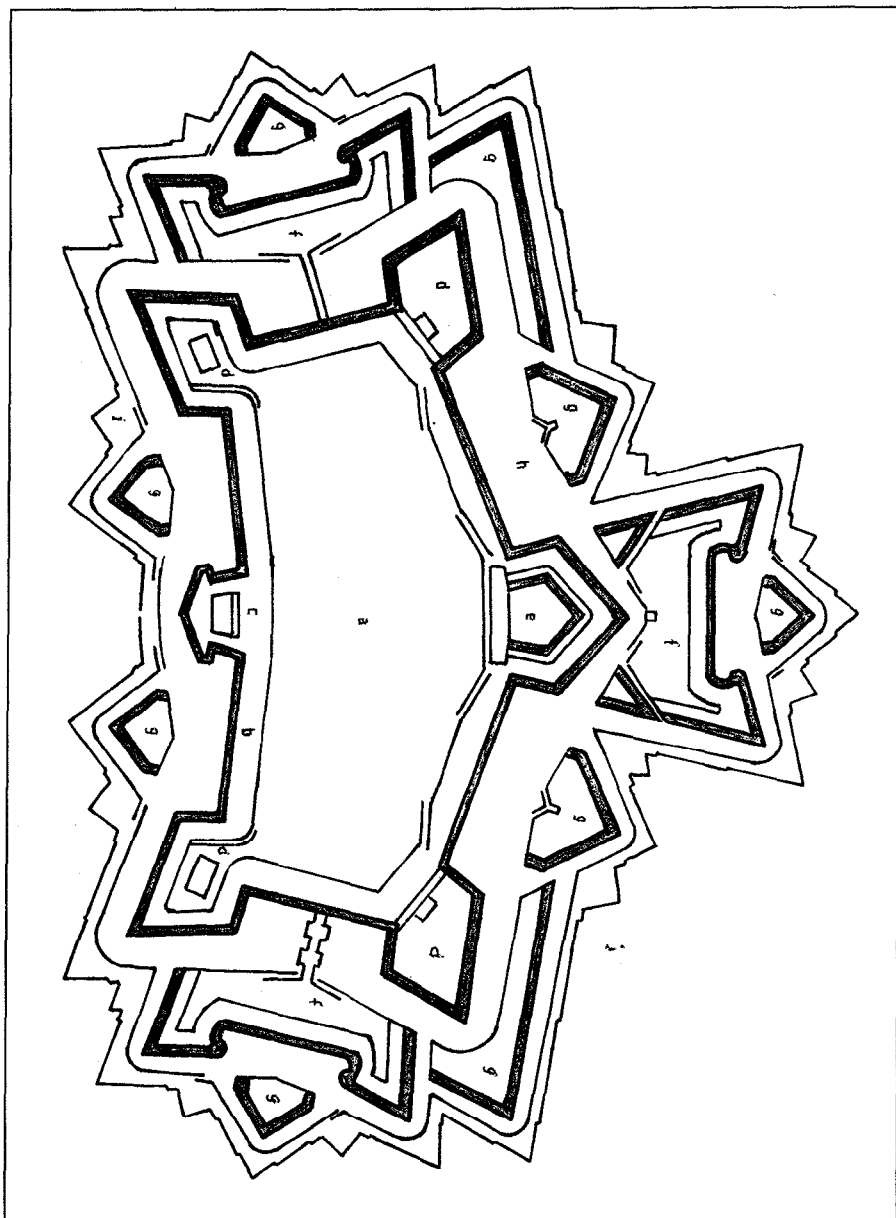
Fue a partir de 1700 cuando nuestros ingenieros militares dieron muestras de su gran preparación y enorme maestría. Acaso sea la real orden de 1 de junio de 1715 el principio de este desarrollo; por ella ordenaba Felipe V a Jorge Próspero de Verboom —ingeniero nacido en Bruselas (no olvidemos que esta ciudad se encontraba en un reino que formaba parte de la Monarquía española) y formado en la academia de Fernández de Medrano— la construcción de una gran ciudadela en el centro de Barcelona, de la que ha desaparecido todo vestigio.

Sí se conserva, convertido en parte en museo militar, el castillo de Montjuich, proyectado también por Verboom en la montaña de su nombre: su traza se adapta a las exigencias de la cumbre en la que se alza y la elección y distribución de sus partes corresponden a la mejor defensa de los puntos por los cuales podía ser expugnado. El terreno obligó a adoptar una planta muy irregular. La construcción de su fábrica fue iniciada en 1751 por el ingeniero militar Juan Martín Cermeño después de demoler el fortín que en el mismo lugar se había levantado en 1640, y en 1799 quedó finalizada la obra en forma muy similar a la que presenta

actualmente. Se le puede considerar como una doble fortaleza, cuya alineación sur corre casi en línea recta sobre la elevada escarpadura de la montaña sobre la orilla del mar, sin presentar elementos especiales de defensa. La parte que podemos considerar primera o anterior se articula a partir de un patio trapezoidal (a), hacia el cual se abren las casernas (b) que forman su recinto; desde él y hacia el exterior encontramos dos baluartes (c y d) orientados al este y un hornabeque (e) hacia el suroeste; por delante de la cortina de éste se halla un revellín (f), y a partir de aquí entramos en la segunda parte constituida por una extensa plaza de armas (g) limitada por dos grandes baluartes (h) articulados como un potente hornabeque, y de los cuales, el meridional está reforzado a vanguardia por dos lunetas (i); todo el conjunto se halla rodeado de un amplio foso (j), dotado de la correspondiente contraescarpa y un camino cubierto (k).

Obra del mismo Juan Martín Cermeño es el imponente castillo de San Fernando, en Figueras. Obligado por la disposición del terreno realizó, una vez más, una traza original, de desarrollo simétrico, que desde el centro hacia el exterior dotó de los mejores elementos defensivos del momento. Su construcción, iniciada en 1752, se llevó a cabo excavando la meseta en que se asienta, creando una planta pentagonal muy alargada para constituir un patio (a) o plaza muy amplia en el que en su día se levantaron los cuarteles o alojamientos; el lado (b) que podemos considerar base del polígono presenta cierta concavidad y está reforzado por un bastión (c) en su punto central; se le dotó de un baluarte (d), de forma variada, en cada uno de sus vértices, de los cuales el opuesto a la base (e) es de mayores proporciones; podemos observar los hornabeques (f) y revellines (g) proyectados al exterior, así como el extenso foso (h), el camino cubierto (i) y los glacis (j), que lo envuelven.

La creación de los Distritos Marítimos en El Ferrol, Cádiz y Cartagena fue causa de que se dotaran a estas ciudades de unos sistemas defensivos que debían asegurar la integridad de nuestras fuerzas navales cuando se encontraran fondeadas en sus bases. Son muy importantes las fortificaciones levantadas en la bahía gaditana, pero el conjunto más completo fue el constituido en torno a Cartagena gracias al decidido apoyo del marqués de la Ensenada y del conde de Aranda; el proyecto que realizó e inició en 1766 Pedro Martín Cermeño fue realizado casi en su totalidad y, de acuerdo con él, se respetaron buena parte de las defensas anteriores y se levantaron en las alturas que circundan la bahía los cuatro castillos de Moros, Atalaya, Galeras y San Julián, el último obra ya del siglo XIX, todos los cuales hubieron de adaptarse a las exigencias de los montes donde fueron ubicados.



Castillo de San Fernando, de Figueras.

Sirvan estas muestras de las fortificaciones levantadas en los territorios peninsulares españoles para poder cotejar el emplazamiento, la fábrica y los diversos componentes que concurren en el *Real Fuerte de la Concepción*, objeto esencial de este artículo. Como final de lo expuesto en este apartado quiero hacer mención a las fortificaciones portuguesas de Almeida y Elvas como muestra de este tipo de reductos defensivos y, además, del cuidado con que nuestros vecinos peninsulares tratan a sus monumentos.

El Real Fuerte de la Concepción

El *Real Fuerte de la Concepción* es como la síntesis de cuanto antecede y en él encontramos como en una lección tangible, a campo abierto, todos los elementos que componían esta época de la poliorcética. Se encuentra situado entre el pueblo de Aldea del Obispo, en la provincia de Salamanca, y el río Turones, que forma la frontera con Portugal, a un kilómetro del uno y de la otra. Se llega a él por una carretera que parte de Fuentes de Oñoro, de la que lo separan once kilómetros, y dista unos treinta de Ciudad Rodrigo. A su frente, a ocho kilómetros, se halla la poderosa plaza militar portuguesa de Almeida.

Aunque no es *La Concepción* la fortaleza mayor ni la más vigorosa de las fortificaciones abaluartadas que se levantaron en el territorio peninsular español en los siglos XVI, XVII y XVIII, el hecho de no haber tenido que ceñirse a las características de una ciudad preexistente a la que había que proteger, ni que adaptarse a las singularidades de un terreno desigual, ni que aprovechar una antigua fortaleza levantada según ya caducos sistemas, hizo que este castillo pudiese ser diseñado según los más puros principios y reglas del entonces vigente sistema de fortificación que ya se encontraba en su fase de mayor desarrollo. Por ello, como ya queda dicho, este Real Fuerte resulta por su traza cuadrada y perfectamente regular, por la pureza de sus líneas y por lo adecuado de sus elementos, un verdadero tratado de poliorcética según se concebía ésta en la mitad del siglo XVIII. Su plano confirmado por las fotografías aéreas, nos muestra el más justo ejemplar de este sistema, pues pudo ser edificado en el terreno ideal para situarlo y para poder excavar la cubeta necesaria para enterrarlo totalmente y ocultar a las vistas y a los fuegos de posibles sitiadores todos sus elementos.

Nació el fuerte como consecuencia de la guerra de Secesión de Portugal. Si el levantamiento de este reino contra el gobierno de Felipe IV,

el 1 de diciembre de 1640, no hubiera tenido éxito, la necesidad de defender la frontera contra las incursiones de los lusitanos y de sus auxiliares ingleses no hubiera sido necesaria. Pero el duque de Braganza fue proclamado rey del vecino país y la lucha para consolidar a la nueva dinastía en el trono portugués se alargó muchos años. Felipe IV no pudo enviar tropas para sofocar la insurrección, absorbido su ejército en la guerra contra Francia y en la sublevación catalana, y la situación en el oeste peninsular se hizo irreversible. La lucha se prolongó, Ciudad Rodrigo fue atacada varias veces y las comarcas del Campo de Argañán y el Abadengo sufrieron frecuentes incursiones de saqueo.

Cuando se firmó la Paz de los Pirineos en 1659, al monarca español le quedaron las manos libres para actuar en el occidente peninsular y, para ello, se prepararon tres ejércitos destinados a invadir el territorio lusitano: uno en Extremadura, apoyado en la plaza de Badajoz, que mandaba Juan José de Austria; otro en Galicia, protegido por la de Tuy, dirigido por el marqués de Viana y, un tercero, en la provincia de Salamanca, con base en Ciudad Rodrigo, cuyo mando se confió al duque de Osuna. Éste tenía como misión ocupar las fortalezas portuguesas de Almeida y Castel Rodrigo, pero el duque fracasó en su empeño y sólo pudo ocupar Vale da Mula, pequeña población cercana a la frontera, defendida por una débil fortaleza. Entonces el Duque propuso al Rey, a través del Consejo de Guerra, construir una potente fortificación en dicha localidad o en otro sitio adecuado, como ya le había encargado a Osuna a partir del 3 de agosto de 1661 el citado órgano de gobierno. Después de muchas comunicaciones e informes, el 22 de noviembre de 1663 se ordenó al Duque que levantara las obras propuestas en Vale da Mula, para lo cual se le envió a Ciudad Rodrigo al ingeniero Simón Jacquet. Pero ni éste ni el Duque debieron encontrar adecuada la aldea portuguesa para levantar en ella la fortaleza, acaso por su suelo rocoso, poco apto para realizar la excavación necesaria, y por estar situada en una ladera que cae desde Almeida al río Turones, que, por tanto, la colocaría en posición muy peligrosa ante un ataque proveniente de la plaza enemiga; en consecuencia, eligieron el cerro más elevado en las proximidades de Aldea del Obispo y el citado río, para levantar en él un fuerte cuya traza sujetaron a la de la ciudad utópica de Cattaneo, según nos ha demostrado Rodríguez de la Flor.

Decidida la ubicación de la fortificación, el Duque y el ingeniero –acaso ayudados por el también ingeniero Andrés de Ávila– procedieron a la delineación del fuerte los días 6 y 7 de diciembre, comenzando las obras el día 8, según comunicaba por carta el duque de Osuna al Rey al día siguiente. El Duque había desobedecido en parte las órdenes recibidas,

pero no hay duda que tanto él como sus asesores acertaron al elegir el lugar, no sólo por sus características, ya explicadas, sino por el hecho de que cuando setenta años después se decidió recrear el fuerte no se dudó en colocarlo en el mismo lugar. La festividad de la Inmaculada Concepción de María Santísima, fecha en que se iniciaron las obras, le daría nombre, aunque también fue conocido como *fuerte de Osuna*. Durante todo el mes de diciembre de 1663 y el de enero de 1664 tres mil hombres trabajaron activamente en su formación; el Duque pudo comunicar al Rey, el 1 de enero de 1664, que el fuerte –de tierra, madera, piedra, fajinas y gaviones– era ya capaz de albergar una guarnición de mil quinientos infantes y doscientos jinetes, y el 30 del mismo mes escribía a Diego de la Torre, secretario del Consejo de Guerra, informándole de la terminación de la fortaleza a la que encomia en estos términos: *el fuerte está acabado enteramente sin faltarle una estaca; es una plaza real y regular y la mejor que haya en España; con esta resolución lo afirmo*.

En los meses siguientes se registró una nutrida correspondencia en la que el Consejo de Guerra expone su idea de demoler el fuerte recién construido para castigar la desobediencia del Duque que sólo había sido autorizado a reforzar las fortificaciones de Vale da Mula, y en la que éste defiende con toda clase de argumentos sus puntos de vista en justificación de la construcción realizada. Pero Osuna que, tomando como base *La Concepción* sitiaba a Castel Rodrigo, sufrió una severa derrota en Ameixal en la noche del 7 al 8 de junio de 1664, y sus tropas, que consistían en tercios provinciales bisoños reclutados mediante levadas en las provincias limítrofes, se desbandaron, llegando los fugitivos hasta Ciudad Rodrigo: el Duque se vio obligado a levantar el sitio y acogerse al fuerte. Cuando la noticia llegó a Madrid, el duque de Osuna fue destituido, sometido a proceso y encarcelado en Almagro.

Como es natural, el Consejo de Guerra arreció en su campaña y ordenó la demolición: fue en vano que el duque insistiera en su defensa y hasta se ofreciera a establecerse en el fuerte con tres mil hombres reclutados a su costa, ni que diversos ingenieros de los Reales Ejércitos, en especial el marqués de Buscayolo, que sí conocían la zona y la obra, justificaran la necesidad de su conservación. El Consejo, ninguno de cuyos miembros conocía la fortaleza, ordenó al general don Juan Salamanqués, que había quedado como jefe de la frontera, que procediera a derruirlo. Éste puso cuantos obstáculos se le ocurrieron para eludir el cumplimiento de la orden, y aunque logró retardarla, tuvo al fin que obedecer, pero aprovechó un día de fuerte temporal de lluvia, el 30 de octubre de 1664, para evacuarlo, retirar todo cuanto había útil dentro de él y dar fuego a los hornillos que, como

era lógico, no explotaron. Después se limitó a colocar unas cargas exteriores y a efectuar algunas destrucciones con la zapa, de todo lo cual informó el siguiente día 4, añadiendo que con la voladura del fuerte quedaba la frontera de Castilla desguarnecida y falta de medios de defensa.

Allí quedaron las ruinas de lo que había sido el sueño de un egregio prócer, en medio de una guerra con nuestros vecinos, que se mantuvo latente hasta 1765. Los portugueses, amparados en la proximidad de sus fortalezas, asolaban una y otra vez, uno y otro año, las tierras del Campo de Argañán, que se despoblaron, quedando algunos lugares, como Aldea del Obispo, completamente deshabitados.

La guerra continuó en aquella frontera y, por su importancia, fue ocupado en la guerra de Sucesión por tropas borbónicas del duque de Berwick entre 1703 y 1705, en cuya fecha se apoderaron de él los anglo-portugueses que dirigía lord Galloway, cuando éste ocupó efímeramente Ciudad Rodrigo, para volver pronto a manos de los seguidores del duque de Anjou, y en todo ese tiempo se libraron varias escaramuzas y combates en sus alrededores.

Recreación

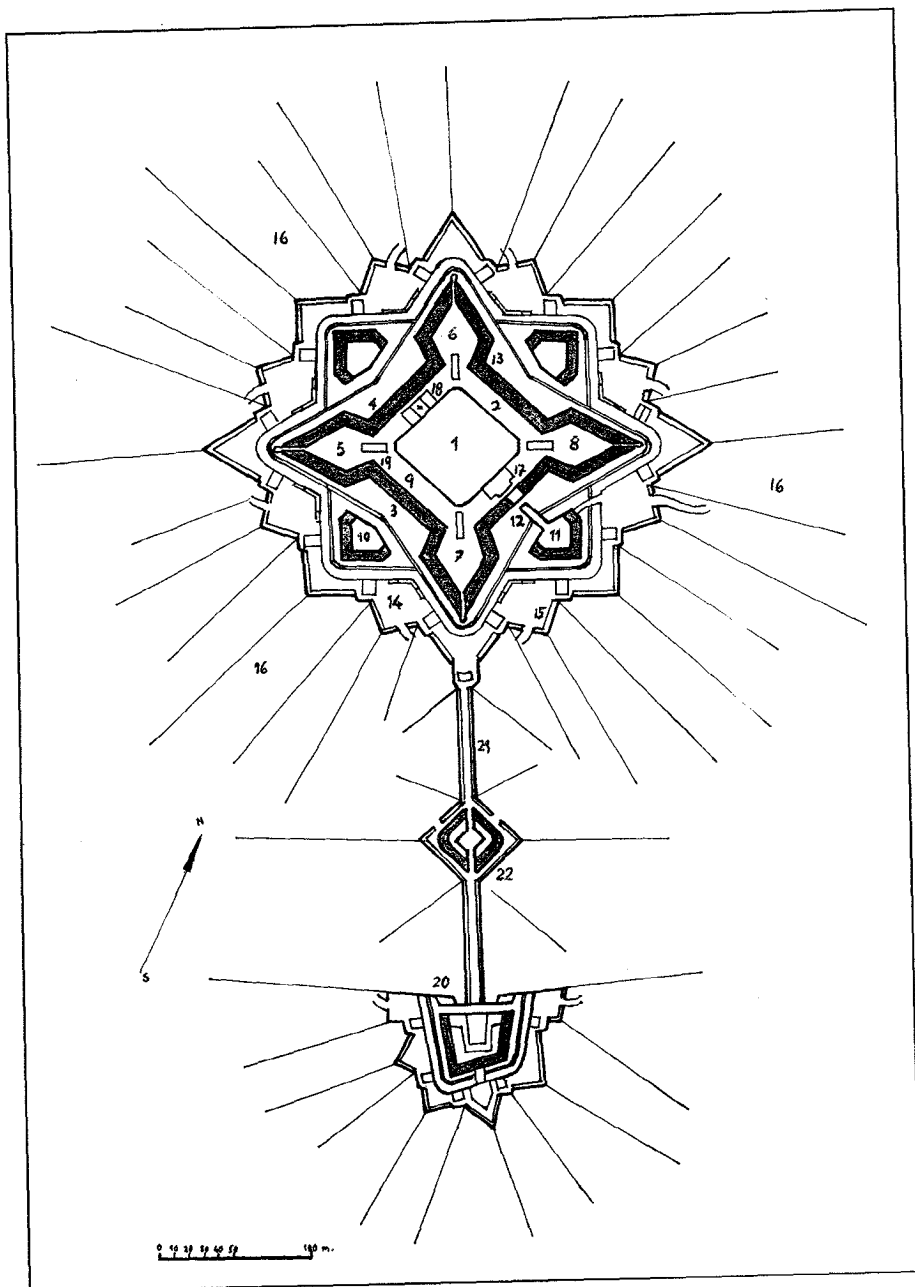
Pasaron los años. Llegó a España una nueva dinastía y un nuevo rey. José Patiño, ministro universal de Felipe V, decidió fortificar las fronteras peninsulares de mar y tierra. Por su encargo, el ingeniero Pedro Moreau, inspeccionó la frontera con Portugal y el mismo ministro visitó el Campo de Argañán en 1735. Para ampliar sus observaciones ordenó que el gobernador de la provincia, Felipe Dupuy, acompañado por el mismo Moreau y por el también ingeniero Juan Amador Courten, realizara un minucioso estudio de la zona. Llegado el informe a Madrid, el ingeniero jefe, Diego Bordick, realizó un proyecto que, con sus correspondientes planos, remitió a Patiño, recomendando a Courten para dirigir la construcción; pero este proyecto, de una gran fortaleza pentagonal, fue rechazado por resultar desmesurado para el fin que se perseguía, no sólo por sus dimensiones, sino sobre todo por su alto coste, excesivo para el siempre precario tesoro público. Bordick presentó un nuevo plan más modesto con una traza de cuatro lados, pero Patiño, que el 16 de noviembre de aquel año había recibido un nuevo informe de Moreau, que se había trasladado a Madrid, comunicó a éste, el 30 del mismo mes, que había sido tomada la decisión de confiarle la nueva construcción del Fuerte de La Concepción, conforme al proyecto que Moreau había presentado, e imponiéndole la condición de restablecer a todos los efectos el lugar de Aldea del Obispo.

Pedro Moreau, que era natural de Bayona (Francia), había sido uno de los primeros ingenieros seleccionados por el marqués de Verboom para nutrir el Cuerpo de Ingenieros del Ejército español. En 1727 aparece realizando trabajos en las fortificaciones de Pamplona; aunque fue destinado en 1729 a las islas Canarias parece que no llegó a incorporarse, pues se encontraba colaborando con Viller Langlot hasta 1732 en las fortalezas de San Sebastián, Fuenterrabía y Guetaria; pasó en este año a Cádiz y en 1734 a Badajoz, donde se estaba realizando el gran proyecto de Verboom; en 1735 realizó el reconocimiento de la frontera portuguesa desde Alconhel (Badajoz) hasta Salvatierra de Miño y Tuy. Encargado de la erección de La Concepción, se trasladó a Ciudad Rodrigo, donde ascendió a coronel en 1736. Durante los primeros meses de este año, Moreau se dedicó a realizar los trabajos de medición, trazado de planos, cálculo de necesidades, acopio de materiales, redacción de los pliegos de condiciones para absentistas... Todo iba a ser de nueva construcción, utilizando las más avanzadas técnicas, los mejores materiales y los últimos avances de la poliorcética en aquellos momentos. El *pliego de condiciones* para el asiento de las obras fue firmado el 19 de abril de 1736, y el 1 de mayo siguiente se puso la primera piedra, según un detallado documento que se conserva en el archivo parroquial de Aldea del Obispo: fue colocada *en el ángulo flanqueado del camino cubierto del Revellín entre el valuarte del Rey, y de la Reyna, frente que mira a Portugal*, por doña Saturnina de Lieson Moreau, esposa del director de la construcción, quien, como *Ingeniero Director de los reales Ejércitos*, estuvo asistido en el acto por los ingenieros Juan Foncaviti, Pedro Bordán, Pedro Leco y Hernando Hontabatt.

Las obras que se iniciaron, pues, el 1 de mayo de 1736, duraron bastantes años y se prolongaron hasta 1759, aunque la inauguración oficial no tuvo lugar hasta el 30 de mayo de 1776 no sabemos por qué extrañas causas.

La fortaleza o castillo, cuyo proyecto y trazas corresponden a Pedro Moreau, quien también dirigió su construcción en sus principales fases, se ajusta, como ha quedado dicho, al más puro sistema de fortificación abaluartada. Para su descripción seguimos el plano de Francisco Codony, al que corresponden los números que utilizamos y que ha sido cotejado con los originales de Moreau de 1735 y de Codony de 1758 (en este último se observa que en la construcción de la fortaleza se han seguido fielmente las directrices de Moreau).

Aprovechando la excavación del siglo XVII, sus medidas principales y su planta cuadrangular, se levantó una obra de sillería y argamasa que quedaba oculta totalmente a las vistas y fuegos adversarios. Su elemento cen-



El Real Fuerte de la Concepción, según el plano de Francisco Codony.

tral consiste en un amplio patio cuadrado (1) de algo más de cincuenta y seis metros de lado, los cuales están constituidos por nueve naves o casamatas, con bóvedas de cañón a prueba de bomba: las de la cortina sureste estaban dedicadas a almacenes de víveres, piensos y municiones, correspondiendo las tres centrales a cuerpos de guardia; las de los otros tres lados se dedicaban a alojamiento de oficiales, tropas y caballos, y contaban con luces y chimeneas, o con pesebreras, menos las tres de los centros que servían de comunicación a las poternas (3) que se abren al foso, frente a los revellines. La parte exterior de estas naves, de excelente sillería, constituyen las cortinas (4), levantadas en talud, de cincuenta y un metros de longitud y nueve coma cinco metros de altura, hasta el cordón.

En los ángulos del patio se construyeron cuatro baluartes pentagonales, muy amplios y con gran proyección hacia el exterior, a los que se les dieron los nombres del Rey (5), de la Reina (6), del Príncipe (7) y del infante Felipe (8). Las cubiertas de estos baluartes y las de las casamatas constituían las plazas de armas o adarves (9) donde se emplazaban los cañones, para los que existían cincuenta y dos huecos o cañoneras sobre el cordón de la muralla, protegidos por merlones.

Delante de cada lienzo de muralla se levantó un revellín exagonal (10), con la gola abierta, con plazas para nueve cañones cada uno. En el que estaba situado (11) entre los baluartes del Príncipe y del Infante, delante de la puerta principal, se abrían las entradas para carruajes y se iniciaba el puente (12) que llevaba hasta dicha puerta.

Un gran foso (13) rodea al cuerpo principal y a los revellines y hacia el exterior se levantan cuatro metros para formar el camino cubierto (14) que rodea al recinto, dotado a todo lo largo de banquetas para los tiradores y de transversas para cortar el avance de un enemigo infiltrado. Los planos verticales (15) que limitan el foso y el camino cubierto, de excelente sillería, componen la contraescarpa.

Los glacis (16), extensos y despejados, fueron perfectamente parcelados y explanados en adecuado declive por Pedro Moreau.

Además, contaba la fortaleza con cuerpos de guardia (17), situados tras la puerta, sobre los que se levantaba la casa del gobernador, y con capilla (18) y casa para el capellán en al adarve frontalmente opuesto. Se le dotó de rampas de acceso (19) a los baluartes desde el patio central; de cisternas o aljibes bajo este patio, que recogían reservas de agua para cincuenta días, y de letrinas o *lugares comunes* situadas sobre el adarve, provistas de una adecuada red de evacuación.

Su puerta es una magnífica obra barroca realizada por Manuel de Larra Churriquera en mármol blanco, y sus dos huecos se cerraban mediante una

gran plancha de hierro y madera, que servía de cierre y de puente basculante, movida por un ingenioso dispositivo mecánico, proyectado y diseñado por el ingeniero militar Juan de la Ferriere. Está decorada sobre su clave por un monumental escudo real de Felipe V, obra, al parecer, de José de Larra Churriguera, hermano de Manuel, según la docta opinión del arquitecto Manzano-Monís, y cuya corona fue bestialmente destrozada en este siglo.

El perfil del cerro en que se edificó este fuerte se eleva un poco hacia el sur. Para obviar el padastro que ello suponía, se levantó en su punto más alto un fortín, especie de hornabeque, que se llamó de San José, con elementos similares a los de la fortaleza, incluida una cisterna, y dotado de asentamientos en su adarve para nueve cañones, con foso dotado de banqueta para tiradores. Su unión a la plaza se realiza por medio de un cambio atrincherado (21), provisto también de banqueta, y al que se accedía desde el foso principal por medio de una caponera. En el punto medio de esta trinchera se levantó un cuartel para caballería (22), también acasamatado, que tenía salida directa a la campaña bajo la protección de los fuegos de la fortaleza y que consistía en dos cuerpos similares —el occidental hoy desaparecido— situados a los lados del camino, compuestos de una planta baja destinada a cuadras y una superior para alojamiento de la tropa. En el adarve de cada uno podían emplazarse cinco cañones.

Sus constructores

Está fuera de dudas que el ingeniero director, mariscal de campo de los Reales Ejércitos, Pedro Moreau, fue el autor del proyecto y el director de su edificación. Su reconocimiento de la frontera portuguesa, especialmente en la provincia de Salamanca, y los informes que rindió al ministro José Patiño, que se los había encargado, y el reconocimiento de éste del Campo de Argañán, fueron determinantes para que el ministro decidiera la reconstrucción, mejor nueva construcción, del castillo que la clara visión y la tozudez del duque de Osuna, bien asesorado por sus ingenieros, habían levantado setenta años antes. De Pedro Moreau personalmente fueron los planos de conjunto y de detalles, ninguno de los cuales dejó en olvido. Suyo fue el proyecto, las mediciones, el cálculo de necesidades y mano de obra, y los pliegos de condiciones para los absentistas, y suya la dirección de los trabajos desde 1736 a 1740, fecha en que otras necesidades de la defensa nacional le llevaron a Cádiz y Orán. Se hizo de nuevo cargo de las obras en 1747, y en estos años que duró su ausencia casi nada se había

avanzado en la construcción de la fortaleza. Moreau se replanteó el trabajo y le dio nuevo impulso, pero hubo de ausentarse otra vez en 1750, y sólo en 1753, por decisión del marqués de la Ensenada, volvió para dar fin a las obras del fuerte y puede considerarse que estaban terminadas en 1759. Desde aquí hasta 1776 sólo se completan pequeños detalles que en nada se separan de la idea y de las normas de Pedro Moreau. En el año 1759 citado, Moreau informó que el coste total de la construcción había sido de seis millones novecientos mil reales de vellón. Y el año 1760 el mariscal de campo solicitó el retiro, dada su avanzada edad, que le fue concedido.

Merrecen ser citados por su intervención en algún momento de la construcción, además de aquellos que ya han sido mencionados, los ingenieros Antonio Bordán, principal colaborador de Moreau; Bernardo de Frosne que ocupó la dirección, sin apenas dejar noticias de su paso, entre 1740 y 1747; Antonio de Gaver y Juan Giraldo de Chaves que, sucesivamente, dirigieron los trabajos de 1750 a 1753; Juan de la Ferriere, que ya ha quedado citado al hablar del puente basculante, una de sus intervenciones; Ignacio de Sala, que estudió la red de desagües; Francisco Codony, que debió dirigir los últimos retoques, y a José de Hermosilla, ingeniero del ejército del conde de Maceda, quien parece ser que desempeñó el cargo de gobernador.

Pero nunca hubiera existido el *Real Fuerte de La Concepción* sin el decidido propósito de José Patiño, que ordenó su erección, y sin el firme apoyo del marqués de la Ensenada, que dio el impulso definitivo para su conclusión.

La ejecución de las obras se confió en un principio a los maestros de obra Gabriel Puig y Valentín Medina, que habían realizado trabajos en las fortificaciones de Badajoz y de Ciudad Rodrigo, pero ambos fueron encarcelados por incumplimiento de contrato el 12 de febrero de 1737, y entonces, tras un minucioso y preciso expediente, se le otorgó el encargo a Manuel de Larra Churruiguera, ya mencionado, que debió permanecer en el empeño hasta la finalización de la construcción, pues no se han encontrado noticias de que ningún otro ejerciera este cometido.

Su historia

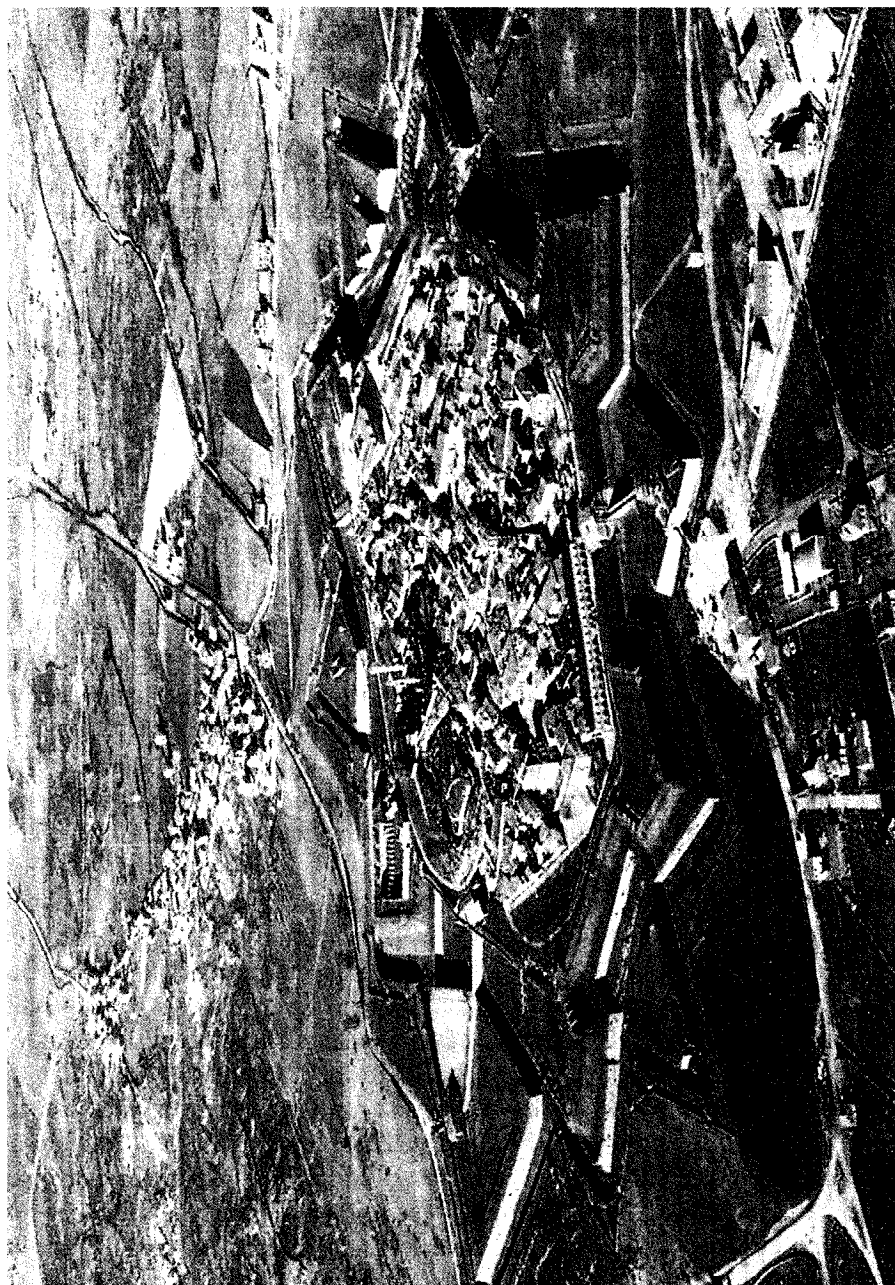
En ninguna de sus dos fases fue larga la vida activa del *Real Fuerte de La Concepción*. En la primera, que podríamos denominar *etapa de Osuna*, los escasos meses que van desde finales de enero, fecha en la que el Duque da por terminadas las obras, hasta el 30 de octubre del mismo año, 1664, sirvió de punto de acuartelamiento, como campamento avanzado de

Ciudad Rodrigo, de las más bien escasas tropas de nuestro ejército y en él fue concentrando el duque de Osuna los bisoños tercios provinciales, tras la leva realizada de prisa y corriendo en las provincias limítrofes. Acaso la un tanto ilusoria confianza del general en sus tropas y las premuras con las que le incitaban desde la Corte, llevaron a Osuna a emprender, en la primavera de aquel año, una ofensiva por tierras portuguesas, tratando de apoderarse de la plaza fuerte de Castel Rodrigo. El empeño acabó en desastre, pues atacado el ejército sitiador en Ameixal, la noche del 7 al 8 de junio, las mediocres unidades españolas, prácticamente sin experiencia bélica, se desbandaron y no pararon en su huida hasta topar con el Fuerte de la Concepción o con Ciudad Rodrigo. El Duque trató de aguantar con sus escasos veteranos, pero hubo al fin de replegarse con los restos de su ejército. El de Osuna, cuyas relaciones con el Consejo de Guerra de Madrid eran bastante frías, fue culpado de la derrota, relevado del mando y procesado, a pesar de sus intentos de justificación, acabando aprisionado en Almagro.

Hemos visto que el Consejo de Guerra tomó a pecho la tarea de demoler el fuerte y lo consiguió. Las tierras del Campo de Argañán fueron entonces pasto de las incursiones lusitanas y se despoblaron, pues la guerra que continuaba entre España y Portugal no dejó de pasar una y otra vez por la comarca arruinada hasta enlazar, al comenzar el siglo XVIII, con la guerra de Sucesión española. Sirvió de campo de lucha entre las tropas anglo-portuguesas de Galloway y franco-españolas de Berwick, hasta que el tratado de Utrech llevó una tregua, que no una paz, a aquellos territorios. En aquellos años de abandono, unos y otros aprovecharon las ruinas de la fortaleza para establecer en ellas sus campamentos o apoyar sus líneas de combate, como ya quedó dicho anteriormente.

Cuando el nuevo castillo, el levantado por los ingenieros militares de la *Ilustración*, quedó terminado, fue un bastión más en la política de paz del buen rey Fernando VI. Y si es natural que durante su construcción los técnicos y obreros que en su erección se afanaban, estuvieran protegidos por tropas del ejército para evitar la oposición de las tropas lusitanas —nada amistosas en aquellas fechas—, que hubieran deseado impedirlo, debemos asegurar que desde su terminación estuvo guarnecido por unidades de nuestro ejército, una veces con total independencia táctica, y otras como fuerzas destacadas de las de la plaza de Ciudad Rodrigo, a cuyas autoridades estuvo siempre subordinado.

Muerto el Rey en 1759, volvieron las guerras, y tres años más tarde el Real Fuerte de la Concepción reanudó su vivir bélico, sirviendo de cuartel general al ejército que, mandado por el conde de Maceda, invadió Portugal,



Almeida (Portugal). Vista aérea.

en la guerra que también en el Río de la Plata sostenía contra la misma nación Pedro de Ceballos. El 1 de diciembre de 1762, tras la capitulación de Almeida, se firmó el armisticio con Portugal, y terminada la guerra, no se tienen noticias de que en La Concepción se realizaran nuevas obras, pues la idea de levantar hacia el norte el fortín similar al de San José no prosperó.

Pero curiosamente, hasta el 30 de mayo de 1776 no fue *inaugurado* oficialmente el *Real Fuerte de La Concepción*, según acta que se conserva en el archivo de la catedral de Ciudad Rodrigo, con la bendición de la capilla y la colocación del Santísimo Sacramento.

Volvió, pues, la paz después de aquel avatar castrense. Y hasta que no se inició otro siglo, en 1801, no volvió a participar en aventuras de guerra. En este año, al ser declarada la guerra a Portugal por España y Francia, por exigencias del Primer Cónsul Napoleón Bonaparte, el *Real Fuerte de La Concepción* fue elegido como punto donde se concentraron las tropas francesas de Leclerc, para desde allí penetrar en el país vecino; pero la rápida campaña de Godoy, que no deseaba que sus aliados intervinieran, penetrando en el Alentejo con las tropas españolas y obligando a los lusitanos a pedir la paz, impidió que el ejército expedicionario galo pudiera iniciar su parte en la campaña.

Siete años más tarde, el general Louison, que ocupó con su división la ciudad portuguesa de Almeida el día 4 de junio, envió al siguiente día dos oficiales a Ciudad Rodrigo solicitando de su gobernador, el brigadier Luis Martínez de Ariza, que permitiera alojar en esta plaza parte de sus tropas, pero los mirobrigenses, sospechando las verdaderas intenciones del francés, que eran en realidad las de ocupar la plaza y unirse a través de ella con las fuerzas del mariscal Bessières que ocupaban Castilla la Vieja, destituyeron al gobernador, lo reemplazaron por el teniente de rey Ramón Blanco y retuvieron a los emisarios; ante su ausencia, el día 7, Louison mandó a la ciudad otros dos oficiales; tanto éstos como los anteriores fueron dejados en libertad, pero las propuestas francesas fueron rechazadas. Entonces, el general francés avanzó con sus hombres hacia Ciudad Rodrigo, y el día 12 se presentó con sus tropas ante el Fuerte de la Concepción y ofreció a su comandante algunas compañías para reforzar su guarnición y luchar así *contra el enemigo común de los franceses y los españoles*. El comandante sabía lo que ello significaba, pero no teniendo fuerzas suficientes para oponerse al enemigo, optó por evacuar el fuerte de noche y refugiarse con sus hombres en la ciudad de Águeda. Louison escaramuceó hasta el día 15 con los destacamentos españoles, pero no considerándose suficientemente fuerte, se replegó a Almeida. Es posible que La Concepción permaneciera ocu-

pado por destacamentos galos hasta finales de agosto cuando Louison evacuó Almeida con motivo de los sucesos que culminaron con la Convención de Cintra, firmada el 30 de aquel mes, por la que todo el ejército de Junot hubo de embarcar para Francia vencido por el ejército expedicionario inglés. Meses más tarde, vuelto a ocupar por alguna pequeña fuerza española probablemente, vivaquearon entre sus muros y sus alrededores, entre el 11 y el 23 de noviembre de aquel año, unidades pertenecientes al ejército inglés que mandaba John Moore, y que desde Portugal penetró en España siguiendo la dirección Gardá-Almeida-Ciudad Rodrigo-Salamanca.

A principios de 1809 debió estar ocupado por destacamentos españoles y otros de la *Royal Lusitanian Legion*, mandada por el general inglés Robert Wilson, que se había establecido en Almeida en apoyo de Ciudad Rodrigo, donde se habían concentrado las escasas fuerzas españolas de la región después que Salamanca fuera ocupada por los franceses, tras la campaña que en el invierno anterior había dirigido personalmente el emperador Napoleón I. Acaso alguno de estos destacamentos pertenecieran a los *Voluntarios de Ávila* o a los *Tiradores de Ciudad Rodrigo*, organizados por el teniente coronel Carlos de España, unos y otros puestos a disposición de Wilson por los gobernadores de la ciudad española.

A partir del 20 de mayo de 1809 debió ser uno de los puntos en los que el duque del Parque, nuevo gobernador de Ciudad Rodrigo, reorganizó al Ejército español de la Izquierda, cuyo mando se le había encomendado, y con el que realizó una serie de operaciones en la zona que culminaron el 18 de octubre con la victoria de Tamames y las posteriores ocupaciones de Salamanca y Medina del Campo, y que se cerró con la derrota de Alba de Tormes el 28 de noviembre. Como resultado, el duque del Parque se replegó al sur de la sierra de Gata y, por tanto, debió evacuar La Concepción.

Después de que el mariscal Miguel Ney hiciera su primera tentativa sobre Ciudad Rodrigo, entre los días 11 y 13 de febrero de 1810, el general Wellesley situó a su ejército entre el Coa y el Águeda, y el castillo de La Concepción debió quedar ya ocupado –aparte de por algún pequeño piquete español– por la División ligera inglesa, que mandaba el general Robert Craufurd, y que permaneció estacionada en él hasta que después de rendida, el 10 de julio, Ciudad Rodrigo a los franceses, éstos se presentaron ante la fortaleza el siguiente día 20, y Craufurd, al abandonarla, hizo volar una gran parte de sus elementos defensivos, en cumplimiento de las órdenes de su general en jefe.

Este fue el fin del *Real Fuerte de La Concepción* como elemento de la defensa de nuestras fronteras, pues los desperfectos ocasionados por los

ingleses impidieron al mariscal Massena ocuparlo con fines defensivos en su retirada desde las líneas de Torres Vedras, y aunque los anglo-lusitanos apoyaron en él el extremo de su ala izquierda, durante la batalla de Fuentes de Oñoro, en los días 3 y 5 de mayo de 1811, lo cierto es que en aquella zona casi no se llegó a combatir.

Después, una breve ocupación por tropas españolas. Unos años como recinto para acoger a una unidad de inválidos militares, y el abandono. Los lugareños de la comarca lo expoliaron, y con la desamortización del ministro Pascual Madoz en 1855 fue vendido, hacia 1860, y pasó a manos privadas, con lo cual se cortó el expolio pero no el abandono, pues para los particulares que se han sucedido en su propiedad, el monumento, como tal, no tenía valor.

Estado actual

La voladura parcial del Real Fuerte por los ingleses el 20 de julio de 1810, el abandono y el expolio a que le han sometido los habitantes de los pueblos vecinos, que lo convirtieron en cantera para sus edificaciones y que contribuyeron aún más que la pólvora inglesa a su destrucción, de todo lo cual queda hecha mención, lo han reducido al estado de deterioro que puede observarse y se encuentra convertido en corral de ganado por sus actuales propietarios. Sin embargo, conserva sus elementos más importantes, lo que permitiría su recuperación. En los últimos tiempos las personas e instituciones interesadas en su conservación como monumento histórico-artístico y como muestra ejemplar de la fortificación abaluartada, han conseguido acrecentar el interés de los organismos gubernamentales y culturales por su restauración. La *Asociación de Amigos del Real Fuerte de La Concepción* ha contribuido eficazmente a ello con la exposición que le dedicó en Madrid el año 1994. La Junta de la Comunidad de Castilla y León lo declaró por decreto 147/92, de 6 de agosto de 1992, *Bien de Interés Cultural* con la categoría de monumento y tanto la Consejería de Cultura de esta Junta, a través de su Dirección del Patrimonio, como la Diputación Provincial de Salamanca, están realizando acciones encaminadas a llevar a cabo su recuperación para la Cultura y para la Historia.

El *Real Fuerte de la Concepción* es un precioso monumento, joya de la ingeniería militar en el siglo XVIII, que merece ser salvado de su destrucción, para lo cual sería de gran valor la ayuda de los organismos del Ejército español y de cuantos centros culturales españoles y europeos puedan aportar algún gesto, grande o pequeño, para conseguir esta aspiración.

DOCUMENTACIÓN

Documentos relativos al *Real Fuerte de la Concepción* en:

- Archivo General de Simancas.
- Archivo Histórico Provincial de Salamanca.
- Servicio Histórico Militar.
- Servicio Geográfico del Ejército (cartografía).

Bibliografía

- COLLADO, Luis: *Platica Manval de Artillería*. Pablo Gotardo Poncio, Milán, 1952.
- FERNÁNDEZ DE MEDRANO, Sebastián: *El Architecto Perfecto en el Arte Militar*. Bruselas, 1700.
- GUITARTAPARICIO, Cristóbal: “Trayectoria y principales realizaciones de la Arquitectura Militar en España durante los siglos XVI a XIX”, en *Castillos de España*, núm. 103, diciembre de 1994, pp.13-28.
- MANZANO-MONIS, Manuel: “El mariscal de Campo. D. Pedro Moreau y el Fuerte de la Concepción”, en *Academia*, núm. 52, 1981, pp. 203-249.
- MARTINENA RUIZ, Juan José: “El recinto amurallado de Pamplona”, en *Castillos de España*, núm. 104, pp. 19-32.
- MORGADO, Amílcal F.: *Elvas. Plaça de Guerra. Arquitectura Militar*. Cámara Municipal de Elvas, Braga, 1993.
- QUATREFAGES, René: “La fortificación en España durante el Renacimiento”, en *Ejército*, Madrid, 1983.
- Revista *El Fuerte*: Aldea del Obispo. Salamanca.
- RODRÍGUEZ DE LA FLOR, Fernando: *El Fuerte de la Concepción y la Arqitetura Militar de los siglos XVII y XIX*. Ediciones de la Diputación de Salamanca. Salamanca, 1987; Idem: “Algunos documentos inéditos en el Archivo General de Simancas relativos a la Construcción del Fuerte de la Concepción”, en *Revista Provincial de Estudios*, núm. 2. Diputación de Salamanca, 1982, pp. 9-32; Idem: “El Fuerte de la Concepción: una obra ejemplar de la ingeniería militar del siglo XVIII”, en *Revista de Historia Militar*, núm. 54, Madrid, 1983; Idem: “La intervención de Manuel de Larra Churriguera en la reconstrucción del Rel Fuerte de la Concepción”, en *Archivo Español de Arte*, núm. 24, 1983.
- ROJAS, Cristóbal de: *Teórica y Práctica de Fortificación, conforme las medidas y defensas destes tiempos, repartida en tres partes*. Madrid, 1598.

- TOY, Sidney: *A History of Fortification from 3000 B.C. and A.D. 1700*. William Heinemann Ltd., Londres, 1955.
- ZAPATERO LÓPEZ-ANAYA, Juan Manuel: "La Escuela de Fortificación Hispanoamericana", en *Revista de Historia Militar*, núm. 25, 1968, pp.7-24; Idem: "Síntesis histórica de la fortificación abaluartada", en *Revista de Historia Militar*, núm. 13, 1963, pp. 85-109.